

CAPITULO XXVII.

La campana del correo.

SEGUIA reinando el general Casanova en Guadalajara, y verdaderamente su poder no se extendía fuera de garitas, si no era cuando mandaba secciones de tropas á merodear por los pueblos, que nunca se componían de menos de quinientos hombres, por temor á los guerrilleros audaces que habían surgido, y entre otros Antonio Rojas, que se había hecho temible, no sólo por su valentía, sino por sus atrocidades. Con la excursión de Piélagos y Monayo, que había producido el feroz asesinato del doctor Ignacio Herrera y Cairo, coincidió otra del general Domingo Herrán, también con una fuerza de cerca de quinientos hombres de infantería y caballería que pudo ser de consecuencias para los liberales.

Herrán no era más que un elegante de las banquetas; pero de la noche á la mañana quiso lucirse como mi-

litar en las filas de la reacción, y fácil le fué por las influencias de familia, hacerse de un grado superior. No era perito, pero era valiente y audaz y consideró fácil acabar él solo con las hordas diseminadas por el Sur de Jalisco.

Con quien primero se encontró en el paseo militar, que se había propuesto hacer hasta Colima, fué con Antonio Rojas, que tenía ya bajo su mando á doscientos *chinacates*, engrosados con cien infantes más que mandaba el teniente coronel don Lino Suro. El plan consistió en dar una sorpresa á los liberales que se encontraban descuidados en la Venta de Caballos, por el rumbo de Zacualco de Torres. El ataque de Herrán fué impetuoso, y con la superioridad de su gente, logró al principio desordenar á las fuerzas enemigas; pero se rehicieron algunos grupos y presentaron alguna resistencia aunque floja, hasta que por un flanco apareció un trozo como de veinticinco ginetes, cuyo jefe que montaba un magnífico caballo oscuro, se levantó el sombrero y gritando con voz de trueno: ¡aquí está Rojas! se lanzó sable en mano, seguido de sus hombres que lo secundaron admirablemente, dando una carga formidable. Tanto aquel grito oportuno, como la violencia del ataque, y haberse dirigido éste por un flanco de la columna de Herrán que la dividió en dos partes, amedrentaron á tal punto á los que quedaban á la retaguardia que empezaron á desbandarse y entonces los de Rojas y Suro, aprovechando tan inesperado auxilio, volvieron á la carga y entonces Herrán tuvo que retirarse en derrota, no obstante la que dió un parte muy rumboso, asegurando que había hecho huir á las gavillas de los liberales, que habían dejado el campo regado de armas y cadáveres, haciéndoles seis prisioneros. Esos seis prisioneros, eran seis pobres diablos que había cogido en

el camino para meterlos como un trofeo á Guadalajara, á donde se volvió más que de prisa.

—¿Quién es el que nos ha auxiliado tan eficazmente? preguntó Rojas, después de la refriega.

—Yo, mi coronel, respondió un joven adelantándose con sombrero en mano.

—¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted?

—Me llamo Adrián Canales, soy de Santa Ana Acatlán y estoy autorizado por el Presidente Juárez, para mandar esta guerrilla.

Rojas y Suro, abrazaron al joven, dándole las gracias.

—Perdone usted, mi coronel, dijo á poco Adrián, que haya tomado su nombre, gritando: ¡Aquí está Rojas! fué un ardid de la guerra.

—Bien hecho. ¿Quiere usted unirse conmigo?

—Me quedaría con mucho gusto, mi coronel, le contestó Adrián; pero tengo que cumplir con una comisión que ha tenido á bien confiarme el señor ministro de la guerra, y voy á cumplirla.

—Está bien. Por mi parte no olvidaré el servicio que usted me ha prestado y tal vez más adelante podré correspondérselo.

—¡Adios!

—¡Adios!

Adrián Canales picó su caballo y se separó del lugar en que se había desarrollado lo recio del combate, seguido de sus hombres.

La comisión que tenía Adrián, era acercarse lo más que pudiera á Guadalajara, mandar allí exploradores entendidos y comunicar las noticias más exactas que pudieran recogerse de la situación de la plaza.

Don Santos Degollado, que era un organizador de pri-

mera fuerza, tenía ya como unos dos mil quinientos hombres, no muy bien armados y municionados; pero con la moral suficiente para que pudieran secundar sus proyectos.

El fusilamiento de Herrera y Cairo, había sido el 20 de Mayo, el combate de la Venta de los Caballos el día 22 del mismo y probablemente á renglón seguido, Adrián había comunicado noticias favorables, porque el 1° de Junio reinó la mayor alarma en las calles de Guadalajara, escuchándose entre las gentes que las recorrían proveyéndose de comestibles para lo que pudiera suceder, estas fatídicas palabras: ¡Ya vienen los liberales!

Y el grito de ¡ya vienen los liberales! era tremendo en aquellas circunstancias, porque los periódicos conservadores, habían tenido cuidado de exagerar hasta lo inaudito las crueldades de Rojas y los robos que cometían en los pueblos todas las demás fuerzas, á las cuales llamaban gavillas de bandolores y hordas de salvajes.

El gobierno, para dar tranquilidad á la población, mandó fijar avisos en las esquinas, asegurando que no había ningún enemigo, ni era posible que lo hubiera, porque las pocas partidas que había en el Sur, viviendo del pillaje, no era fácil que se atrevieran á acercarse á una plaza tan fuerte como Guadalajara, cuya guarnición sabría hacerlos morder el polvo como ya lo había hecho varias veces.

Y como á pesar de esto la alarma continuaba, el gobierno mandó tocar la campana del correo.

La campana del correo no estaba en esa oficina como muchos creían, sino en donde está aún ahora, en una torre de la Catedral; pero era una campana especial, muy *ladina*, muy penetrante, que se hacía oír á largas distancias y que era siempre la precursora de un repique á vuelo

general que solía prolongarse hasta por dos horas, según era de importante la noticia favorable que se celebraba.

Cuando el bando conservador estaba en el poder y los liberales oían tocar la *campanita del correo*, sentían calambres y retortijones de tripas, pues ya sabían que aunque con muchas adulteraciones, iba á publicarse una mala noticia. La multitud se agolpaba á las puertas del Palacio y á las dos ó tres horas de estarse oyendo aquel lúgubre martilleo, salía el «Alcance,» al periódico oficial en que se publicaba la noticia, á la vez que comenzaba el repique general.

En esta ocasión eran varias las noticias que por extraordinario violento habían llegado: toma de Orizaba por el general Echeagaray, pronunciamiento de Negrete con sus fuerzas en contra de don Benito Juárez, adhesión de Yucatán y del vapor de guerra «General Guerrero,» al gobierno tacubayista y derrota de Pueblita en Michoacán.

Todo esto era viejo ó fraguado, pero importaba reanimar el espíritu público; sin embargo las gentes vieron que esa noche se estuvieron levantando á la luz de las hachas encendidas unas trincheras, y al día siguiente la *leva* fué más fuerte que nunca, llevándose á trabajar en las fortificaciones hasta á las gentes de levita.

El día 3 de Junio apareció don Santos Degollado en San Pedro, á una legua de la ciudad, y aunque en ésta había dos mil hombres de guarnición de buena tropa con treinta piezas de artillería, no se pensó en salir á dispersar aquellas hordas de bandoleros y menos cuando se supo que había llegado el general Blanco con ochocientos fronterizos y el coronel Iturbide con trescientos michoacanos enviados por Huerta.

La de don Santos Degollado había sido una magní-

fica combinación: sitiar á Guadalajara con cuatro mil hombres y hacer capitular á la guarnición en quince días de asedio; pero la plaza estaba bien fortificada, y aunque se tomaron á viva fuerza algunos puntos importantes, como el Carmen y Santo Domingo, fué necesario levantar el sitio porque se supo que Miramón, con tres mil hombres y veinticuatro bocas de fuego, se dirigía á marchas forzadas á proteger á Casanova, que había mandado extraordinario tras extraordinario, pidiendo auxilio.

Degollado se retiró otra vez al Sur; pero entonces Miramón lo siguió con todas las fuerzas disponibles y con bastante artillería, ofreciendo no volver sin haberlo exterminado, y en efecto á los pocos días se oyó tocar la fatídica campana del correo y se publicó el primer parte de Miramón, dando cuenta de haber desalojado al enemigo de las barrancas de Atenquique, poniéndolo en completa fuga.

Transcurrieron ocho días más y Miramón entró entre repiques á Guadalajara; pero las gentes atónitas preguntaban: ¿en dónde están los prisioneros? ¿en dónde están los cañones y las banderas quitadas á los liberales?

Medio se vislumbró una parte de la verdad, cuando se conoció un poco más tarde el parte de Degollado en que á su vez decía que Miramón sólo había batido una parte insignificante de sus fuerzas que había puesto en Atenquique para defender el paso, mientras colocaba su artillería en otra barranca llamada de Beltrán, á cuyo punto quería atraer al enemigo; pero que Miramón no había querido seguirlo, dejándole no obstante algún botín y treinta prisioneros que le hicieron sus guerrillas en la retirada. Una de esas guerrillas, que fué siempre hostilizando la retaguardia de Miramón hasta las goteras de Guadalajara, fué la de Adrián Canales.

El combate de Atenquique fué un logogrifo, una vez que los dos bandos celebraron la victoria, aunque para ninguno tuvo consecuencias. Miramón, ó porque temiera recibir un golpe mortal en las segundas posiciones ó porque tuviera sus miras puestas en otra parte, regresó á Guadalajara para irse luego á la Capital, mientras que Degollado se volvía á sus antiguos cuarteles, para volver á poner sitio un poco más tarde á la perla de Occidente.

Entonces no se vió claro nada, pero más tarde ya se comprendió y así lo dijeron los liberales, que Miramón sólo andaba dándose importancia como ciertas mujeres que la echan de hacendosas, que se mueven mucho de aquí para allá con objeto de llamar la atención y que en realidad no hacen nada de provecho.

La ciudad de Guadalajara por de pronto quedó tranquila. Las mujeres hermosas, entre ellas algunas casadas muy distinguidas, pagaron su tributo al vencedor, y el ibérico Casanova siguió mandando en la plaza con admiración de los conservadores que le habían visto *chuela* y que lo tenían ya considerado como una perfecta nulidad.

Hubo por entonces otros acontecimientos que tuvieron muda á la campana del correo, según las noticias que se comunicaban *sotto voce* los que simpatizaban con la causa constitucionalista.

—¿Qué sabe usted de nuevo? preguntaba el peluquero á don Cleofas cuando lo estaba rasurando, en un momento en que no había otros clientes en la peluquería.

—Yo no sé nada.
Todos tenían miedo de decir lo que sabían por temor á las persecuciones.

—Aquí estuvieron ahora unos señores, insistió el

rapista, y platicaron que había muerto el señor general Osollos en San Luis.

—Eso sí, todo el mundo anda contando que murió de una fiebre en San Luis Potosí.

—Aquí se dijo que lo envenenaron los mochos.

—¡Psé! él era también mocho.

—Pero le tenían recelo quién sabe por qué.

—Porque tenía sus ideas liberales y era humanitario. El caso es que murió.

—También cuentan que luego que Osollos murió llegó Zuazua y tomó la plaza.

—No fué luego, sino pocos días después.

—¿De manera que es cierto?

—Parece que no cabe duda: aun se cita la fecha del 30 de Junio como día en que Zuazua tomó la plaza de San Luis, apoderándose de todas las piezas de artillería y haciendo más de ochocientos prisioneros.

—¿De veras?

—Eso dicen, y agregan los que reciben impresos de los revolucionarios, que hay partes oficiales en que se dice que el 7 de Julio don Estéban Coronado también tomó á Durango, haciéndose de buenos elementos de guerra.

—Esos liberales no se duermen.

—¡Qué se han de dormir! pues si Miramón salió de aquí con todo su ejército de seis mil hombres apresuradamente, fué porque se supo que otro jefe del Norte, el señor Aramberri, está amagando á Guanajuato.

—¡Con razón en todos estos días no se ha llegado á tocar la campanita del correo!

—No, no ha habido repiques, ni tampoco dobles.

—Y debía haberlos, si es cierto todo eso.

—Si ha de serlo, porque de otra manera no dejarían á don Santos Degollado en el Sur, que tal vez tenga la tentación de volver á atacar á Guadalajara.

—Aquí dicen, los señores del gobierno que vienen á rasurarse, que es imposible que venga porque quedó destrozado, y que por eso han estado saliendo muchas partidas, para no dejarlo que se organice.

—¿Han salido tropas?

—Sí señor, ¿pues no lo sabe usted? Blancarte salió para el Sur con quinientos hombres y Piélagos y Paulin salieron con otros quinientos con rumbo á Tequila.

—¿No decían que Piélagos estaba procesado por el fusilamiento del doctor Herrera?

—Aquí han dicho que el gobierno de México lo mandó procesar para taparle el ojo al macho; pero el señor Casanova lo hizo coronel.

—¡Ah!

—¿Oye usted?

—¿No es la campana...?

—Sí señor, es la campana del correo.

Don Cleofas cambió de color, y como ya estaba rasurado salió á informarse de las noticias.

Cuando leyó el «Alcance» se sonrió con cierta satisfacción.

—¡Ah! yo creía que era otra cosa.

El jefe que había salido para el Sur, sorprendió en Santa Ana Acatlán una fuerza de una avanzada de cincuenta hombres que mandaba el coronel Cheesman y le hizo unos doce prisioneros que mandó fusilar en el acto.

¡Ah! ¡si hubiera estado allí Adrián! Pero el joven guerrillero había sido mandado á observar la fuerza que mandaba Piélagos, cuyo jefe estaba cometiendo horrores en

Tequila para hacer efectivo un préstamo forzoso que había decretado.

Terminadas las escenas abominables que se verificaron en Tequila, con motivo del préstamo, por los caudillos Piélagos, Paulin y Monayo, regresaron éstos á Guadalajara seguidos de cerca por varias guerrillas, entre las que se veía siempre vigilante la que mandaba Adrián Canales, compuesta nada más que de veinticinco hombres, pero bien montados y armados.

Entonces el general Casanova, urgido en parte por las órdenes que recibía de México para que no dejara tomar cuerpo á las tropas que mandaban Degollado y Oga-zón en el Sur de Jalisco, y en parte envalentonado por los buenos éxitos que habían tenido las secciones de á quinientos hombres que había mandado á merodear por varios puntos, reunió á sus principales jefes y les dijo:

—¿Están ustedes conformes en que vayamos de una vez á acabar con la chispa del Sur?

—Sí, mi general, le contestaron sus jefes sin discrepancia.

—¡A la buena de Dios! Alistense para marchar.

Y todos se prepararon para hacer un paseo militar hasta Colima, en donde contaban con partidarios, una vez que en aquellos días se había descubierto una conspiración, y sólo había sido ejecutado un coronel llamado Ignacio Martínez, quedando los demás conspiradores á la capa, porque no habían podido ser descubiertos.

El día 15 de Septiembre salió Casanova de Guadalajara con dos mil hombres, seis piezas de grueso calibre y un obús de montaña, fuera de sus guerrillas de exploradores. Para dar una sorpresa al enemigo, hizo un rodeo fingiendo tomar otra dirección; pero Adrián se en-

contraba alerta cerca de Santa Ana y mandó dar aviso á Degollado de que se había movido todo el ejército de Guadalajara. Degollado estaba en Sayula, mandó luego reconcentrar sus tropas que estaban diseminadas, componiéndose el total de un número poco más ó menos igual al de los tacubayistas.

Todos los jefes que estaban á su lado, fueron de parecer que se debía marchar al encuentro del enemigo, tanto para amedrentar á éste, como para levantar el ánimo de las fuerzas liberales que se encontraba algo abatido por la escasez de los recursos.

El día 17 se oyó á las siete de la noche, el lúgubre sonido de la campana del correo.

—¡Cómo! ¿tan pronto derrotó ya Casanova á Degollado? le preguntaron á don Urbano Tovar que se quedó de gobernador interino.

—No, el general ocupó á Santa Ana, huyendo los exploradores que estaban en el pueblo.

El que había entrado allí primero fué Pedro Ordóñez, que iba buscando un encuentro con Adrián Canales. No fué entonces, sino un poco más adelante, cuando se encontraron en el camino de Zacoalco, quedando la victoria por Pedro que recibió un auxilio oportuno. Adrián se retiró sólo con quince hombres, habiendo sido los otros diez heridos ó dispersos.

De todas maneras, el segundo repique que se mandó dar el día 19 por este hecho de armas, reanimó á la población que se veía desierta por la falta de las tropas é inerte con sus fortificaciones.

El ejército liberal ocupaba el punto llamado Cuevitas el día 21 de Septiembre, en que se avistó el que mandaba Casanova: éste, apenas sin reconocer las posiciones, man-

dó dar el ataque que fué resistido con energía. Con los liberales estaban los generales Núñez y Rocha y otros jefes valientes como Rojas, Contreras Medellín, Cruz Aedo y Molina, los que tomaron luego la ofensiva á la cabeza de sus columnas, generalizándose el combate en toda la línea. Aunque Casanova no era un ducho militar, tenía también buenos jefes que lo secundaran; pero todo el brio de éstos fué inútil, porque en menos de una hora y media vieron que su derrota era inevitable, habiendo perdido sus cañones que fueron tomados por la caballería de los liberales.

Adrián, que fué uno de los que dieron el alcance á los dispersos, logró emparejar su caballo con el que montaba Pedro, al cual le dijo:

—Podría matarte ahora, porque nos encontramos otra vez en terreno igual. ¡Escápate!

Y Pedro, siguiendo el consejo, se dejó ir por un barranco.

El primero que llegó de vuelta á Guadalajara el 22 fué Casanova, con una escolta de ochenta hombres, que fué lo único que pudo escapar de aquella terrible refriega.

En cambio en esta vez no se oyó el lúgubre tañido de la campanita del correo.

CAPITULO XXVIII.

El castigo.

EL mismo día 21, por la noche, á la luz de una fogata se veían unos ocho hombres armados, con sus caballos de la brida, cerca de un rancho situado á media legua de Santa Ana, en el camino de Zacoalco: uno de ellos, joven todavía, parecía el jefe por sus mejores arreos, y revelaba estar impaciente, á juzgar por sus movimientos nerviosos y por las palabras que dejaba escapar de vez en cuando.

—¿Qué hará Tomás? decía mirando hacia el camino, ya es tiempo de que hubiera vuelto.

Nadie le contestaba: los otros cinco hombres permanecían impasibles.

—Sería preciso tomar una resolución, siguió diciendo á pocos instantes, ¿volverá Tomás? ¿Lo habrán detenido? ¿Será posible que me dejen con tan poca gente, sabiendo que hay numerosos grupos de dispersos?

De repente pareció tomar una resolución.

—Oye tú, Agapito, dijo dirigiéndose á uno de sus hombres, monta á caballo y vas á Santa Ana á informarte de si hay soldados en la población. Que te acompañen dos muchachos y que se queden conmigo los otros dos.

—Pero jefe, ¿cómo hemos de dejarlo tan solo?

—No le hace: Tomás debe haber entregado ya los prisioneros y el botín que recogimos y estará aquí antes de que amanezca. Mientras tanto, nosotros nos meteremos en la barranca que está aquí cerca.

El guerrillero, sin hacer más observaciones, montó á caballo, designó los dos hombres que habían de acompañarlo y no dijo más que estas palabras:

—Ya volvemos.

—Cuando estén de regreso se asoman al borde de la barranca y nos hacen la señal con un silbido.

Esto lo dijo Adrián Canales, cuando Agapito picó el caballo seguido de sus dos compañeros.

A la vez, los que se quedaron, se dirigieron á la barranca estirando los caballos de la brida.

—¿Tienen ustedes provisiones? les preguntó Adrián ya en camino, ustedes han visto que no hay en el rancho ni una choza.

—Yo traigo una botella de mescal y unos tacos, contestó uno.

—Yo un pollo cocido, agregó el otro.

—Pues entonces vamos á cenar allí espléndidamente.

En efecto, cuando llegaron al fondo de la barranquilla, ataron los caballos á unos matorrales, se sentaron en el suelo, colocando sobre una piedra las provisiones. La cena no era nada opípara, como había dicho Adrián,

pero en cambio la engulleron con muchísimo apetito.

Apenas había acabado de circular la botella, cuando oyeron rumor de gente y pisadas de varios caballos á lo lejos.

—Debe ser Tomás, dijo Adrián. Vé tú, Bartolo, á ver quiénes son.

Bartolo se asomó al borde de la barranca, y tuvo la imprudencia de gritar á un grupo de unos veinte hombres armados que se acercaban:

—¿Quién vive?

—Religión y fueros, contestó el jefe adelantándose.

—¡El enemigo! gritó Bartolo volviendo á donde estaba Adrián.

—He conocido la voz de Pedro Ordóñez, dijo Adrián montando inmediatamente en su caballo.

Lo mismo hicieron los otros dos.

—Ahora, á vender caras nuestras vidas, exclamó Adrián.

Y lo primero que procuró fué buscar la salida de aquel escondite.

Por lo pronto Pedro y los suyos se quedaron en suspenso, sin saber si atacar ó tomar la huída, pues que ignoraban si eran pocos ó eran muchos los que formaban aquella que parecía una emboscada. De esa circunstancia se aprovechó Adrián para gritar con toda energía:

—¡A envolverlos! Diez por la izquierda, diez por la derecha y todos los demás por el frente! ¡Fuego!

Al mismo tiempo los tres hombres, sin salir completamente del barranco, pero cada uno en lado distinto, dispararon primero sus carabinas y luego sus pistolas de cilindro, haciendo un fuego graneado.

Naturalmente fueron heridos tres ó cuatro hombres

de los de Pedro, y se disponían á huir, azorados como estaban por la derrota de Cuevitas, en la cual se habían encontrado; pero el jefe con toda serenidad ordenó que se extendieran en línea para entrar en combate, figurándose que debían de ser pocos los atacantes, una vez que no se atrevían á salir á campo raso.

El momento fué apuradísimo para Adrián, porque no había tiempo de cargar nuevamente las pistolas, y la lucha á sable de tres contra veinte era casi imposible, y pensó en ordenar la retirada; pero ¿por dónde una vez que el barranco no tenía otra salida? Entonces Adrián exclamó:

—¡Vamos á abirnos paso, muchachos!

Y metiendo espuelas á su caballo, salió audazmente á ponerse frente á frente del enemigo seguido de sus dos compañeros.

Con la luz de la fogata que todavía ardía frente á la casuca del rancho, contó uno, dos, tres, y luego que vió Pedro que no había más gente, gritó con júbilo reconociendo á su enemigo:

—Al fin te tengo en mi poder, Adrián.

—Aun no, contestó éste disparándole un tiro que tenía de reserva y que fué á herir á Pedro en el hombro derecho, haciéndole tirar la pistola que había levantado para hacer puntería.

—Mátelo ustedes, dijo á sus compañeros lleno de rabia.

Entonces Adrián empuñó su machete y comenzó el desigual combate, animando Pedro á los suyos con la voz, ya que no podía hacerlo con el ejemplo.

Hubieran sucumbido al número los tres, ó tal vez

no, puesto que como leones peleaban cuerpo á cuerpo; pero en esos momentos llegaron de refuerzo Agapito y los dos hombres que habían ido al pueblo, por un lado, mientras que por el otro llegaba también Tomás con el resto de la guerrilla, compuesta de veinte ginetes.

Entonces los de Pedro tomaron la huída, quedando cinco de ellos prisioneros. el jefe inclusive.

—¿Lo matamos? le preguntó Tomás á Adrián.

—¡Oh, no! está herido y no ha podido defenderse: cuando yo lo mate ha de ser de hombre á hombre.

—¿Por qué no me matas de una vez? exclamó Pedro fuera de sí.

—Digo que no.

Luego dirigiéndose Adrián á Agapito le preguntó:

—¿Hay tropas en Santa Ana?

—Ningunas.

—Entonces vamos entrando.

—No, exclamó Pedro, no quiero sufrir esa humillación. ¡Mátame!

—¡En marcha! dijo Adrián poniéndose á la cabeza de su guerrilla.

Llegando á las calles de Santa Ana, se acercó á Pedro y le dijo:

—Que te lleven tus hombres á tu casa, todos quedan libres, yo para nada quiero prisioneros.

Tanto unos como otros quedaron sorprendidos, acostumbrados como estaban á ver que los que se cogían con las armas en la mano, principalmente si eran guerrilleros, se fusilaban sin conmiseración.

Como el pueblo estaba alarmado por el tiroteo que había habido allí cerca, inmediatamente se supo la entrada de Adrián y su guerrilla con algunos prisioneros.

Este, por su parte, luego que dejó á sus hombres acuartelados, se dirigió á pié hacia la casa de su novia. Ella estaba en una ventana.

—Todos en la casa están despiertos, dijo Refugio después que le dió la bienvenida con efusión, así es que no quiero que te vean. Mi padre y mi madre casi te odian desde que eres militar y me estrechan á que te olvide. . . .

—Pero tú, Refugio. . . .

—Cada día te amo más y más. . . .

—¡Amor mío!

—Y te juro que nunca te olvidaré, que he de ser tuya ó de nadie.

—Tu recuerdo me protegerá, Refugio, gracias, gracias.

—Vete, Adrián, te lo suplico.

—Adios, mi bien, ¡adios, mi Refugio adorada! Dentro de una hora me pondré en marcha y nadie me verá. Yo te escribiré.

—¿Pero á dónde vas?

—Para Guadalajara. El ejército debe haberse movido ya de Zacoalco.

—¡Dios te bendiga, Adrián!

Se dieron un beso los amantes y se separaron.

Al poco rato empezó á amanecer, pero ya Adrián había partido con sus fuerzas rumbo á Guadalajara para observar al enemigo, según se le había ordenado. Su guerrilla era una guerrilla exploradora, que estaba prestando importantes servicios al ejército de Degollado.

¿Qué hacían entre tanto los derrotados que habían entrado en pequeñas fracciones á Guadalajara? Reorganizarse como podían.

Por de pronto Casanova, que no era un valiente ni

mucho menos, declaró que él no se comprometía á defender la plaza, y que estaba mejor por evacuarla salvando los elementos de guerra y las pocas tropas útiles que quedaban; pero don José María Blancarte, que era no sólo un valiente sino un temerario, dijo que él se comprometía á detener al enemigo fuera de trincheras, mientras llegaba el auxilio que no dejaría de mandar el gobierno de la Capital.

Entonces todos los conservadores exaltados, aplaudieron á Blancarte, y lo proclamaron su caudillo con entusiasmo.

Desde luego se tomó de *leva* la gente necesaria, no sólo para abrir troneras y levantar nuevos fuertes, sino para empuñar las armas, aprovechando, como recurso extremo de que siempre se echaba mano, hasta á los presos sentenciados.

Degollado no se hizo esperar mucho. Tan luego como levantó el campo de Cuevitas y dió nueva organización á sus tropas, según las circunstancias, mandó extraordinarios á los Estados en donde había jefes amigos, para que le mandaran los refuerzos que pudieran, dándoles cita para Guadalajara, á cuya plaza se proponía poner cerco, en caso de que los conservadores tuvieran la locura de defenderla.

El 25 de Septiembre amaneció la ciudad sobrecogida de un pánico que se fundaba en los recuerdos del sitio anterior, en el cual habiéndose unido algunos léperos á las fuerzas de Degollado, habían roto con hachas algunas puertas de las tiendas por el rumbo de Belem, por cuyo motivo fueron bautizados desde entonces los liberales con el mal nombre de *hacheros*, palabra que se usaba aun en los pe-

riódicos, lo mismo que á los conservadores se les dió el apodo de *mochos*, y otros en gran manera denigrantes.

El pánico lo produjo la noticia de que el ejército liberal, como si trajera alas, había llegado á la villa de San Pedro, distante unos cuatro kilómetros de Guadalajara.

El 26 ocupó Degollado con sus fuerzas los edificios más inmediatos, y el 27 se circunvaló la ciudad, sin que el enemigo se atreviera á salir á romper la línea que se estaba formando, lo cual era muy fácil, cuando el jefe liberal apenas había comenzado las operaciones del sitio con unos dos mil quinientos hombres.

Fueron ocupándose sucesivamente San Diego y otros edificios exteriores algo dominantes, y el día 4 de Octubre se atacó y tomó el fuerte de Santo Domingo, costando tan brillante hecho de armas la pérdida del valiente general don José Silverio Núñez, que había sido muy fiel á la causa constitucionalista, á pesar de haber formado su carrera militar como los demás oficiales de línea en las épocas aciagas del gobierno de Santa-Anna.

Una vez posesionados los liberales de este punto, que era el principal por el lado Norte de la ciudad, el activo coronel J. Cheesman, de origen americano, levantó al lado de la iglesia un fuerte que llamó la torre de Malakoff, colocó sobre la cima unas piezas de artillería, y desde allí estuvo abriendo brecha en las manzanas del frente que tenían los sitiados muy reforzadas, comprendiendo que por allí estaba el mayor peligro, no habiendo ningún fuerte inmediato que las protegiera.

Entre tanto, Degollado recibió algunos refuerzos, entre ellos uno de muchísima importancia, el de la brigada que mandaba el coronel don Estéban Coronado, que se había distinguido tomando á viva fuerza la plaza de

Durango, y cuya fuerza se componía de unos ochocientos rifles del Norte. Los sitiados á su vez no pudieron ser protegidos, porque las fuerzas de Miramón, Márquez, Mejía, Echagaray, Buitrón, Cobos y demás caudillos conservadores, estaban bastante entretenidas en otras partes, así es que el sitiador pudo seguir todas sus operaciones tranquilamente, sin necesitar de dar asaltos que suelen ser inconvenientes en la guerra cuando no son seguros.

Aunque entonces el arte militar estaba muy atrasado todavía, se siguió en Guadalajara el sistema de aproximación horadando manzanas de casas desde los suburbios hasta cerca del recinto fortificado, é ¡infelices de las familias á quienes tocaba la desdicha de ver pasar soldados por sus habitaciones, pues de seguro que quedaban reducidas á la mendicidad! Se vieron horrores en este sitio de Guadalajara, lo mismo que en los que sufrieron otras poblaciones, equivaliendo un suceso de esos á un incendio, á un terremoto ó á una inundación, cuando esos accidentes son tan violentos y tan destructores que no dejan piedra sobre piedra.

Después de las horadaciones vinieron las minas y las contraminas, pero como ni los de adentro ni los de afuera sabían ponerlas, sin duda por la falta de ingenieros competentes para ese trabajo, al principio solieron dar resultados contraproducentes ó por lo menos fuera de propósito, estallando donde menos se quería que estallaran. Las experiencias sirvieron sin embargo para hacer rectificaciones, y por fin el día 27 de Octubre, después de un mes de sitio en que tanto sufrieron la ciudad de Guadalajara y sus habitantes, se consiguió hacer que se rindieran dos fortines, con sus cañones, que se encontraban en las calles laterales que iban á desembocar á Santo Domingo,

y por allí pudieron penetrar las columnas de los liberales, todavía entre el polvo que había oscurecido el espacio y por encima de los cadáveres que había causado la explosión de la pólvora.

Los pocos soldados que quedaron con vida entre los escombros, ni siquiera pensaron en defenderse.

Como Blancarte, á la vez que era valiente sabía mantenerse sereno en medio del peligro, aunque comprendió que todo se había perdido, se replegó á la iglesia de San Francisco que estaba bien fortificada, para capitular, como en efecto capituló poco después, muy desventajosamente.

Apenas ocupada la plaza y capitulado el último reducto de los conservadores, se empezó á oír un clamor general en el pueblo que se había reunido en la plaza y calles adyacentes.

—¡Queremos á Piélagos! ¡queremos á Monayo! ¡queremos á Casanova! gritaron.

Y los soldados del Sur, entre los que venían muchos vecinos de Ahualulco, de Tequila y de los demás poblados que tanto habían sufrido con las depredaciones de aquellos jefes, también lanzaban gritos de venganza.

Todavía estaba la sangre hirviendo por los repetidos combates, todavía se respiraba el humo de la pólvora, todavía se oía el eco de los últimos disparos, y tanto los soldados como la plebe tenían una especie de sed de que se hiciera de algún modo justicia, por tantos hombres que habían quedado sin vida, por tantas familias que habían quedado en la miseria, por tantas infamias como creían que habían cometido los instrumentos del bando conservador y la excitación de toda aquella masa que estaba formando un todo compacto, era espantosa.

De repente se oyó un grito de júbilo. ¡Piélagó había sido encontrado! ¿Dónde? ¿cómo? Pronto se supo que algún oficial lo había hallado herido en el convento de Jesús María.

—¡A la horca! ¡a la horca! se oyó gritar de todas partes.

Los soldados que conducían á Piélagó á la plaza, tenían grandes trabajos para librarlo de las iras del pueblo.

Al desembocar la escolta en la esquina de la Merced, frente á la Catedral, ya no le fué posible seguir adelante.

El oficial que la mandaba dijo entonces:

—¡Que el pueblo haga justicia!

Y los hombres del pueblo se lanzaron ebrios sobre Piélagó y querían matarlo, pero otros lo defendieron gritando:

—No, nada de asesinatos. ¡A la horca! ¡a la horca!

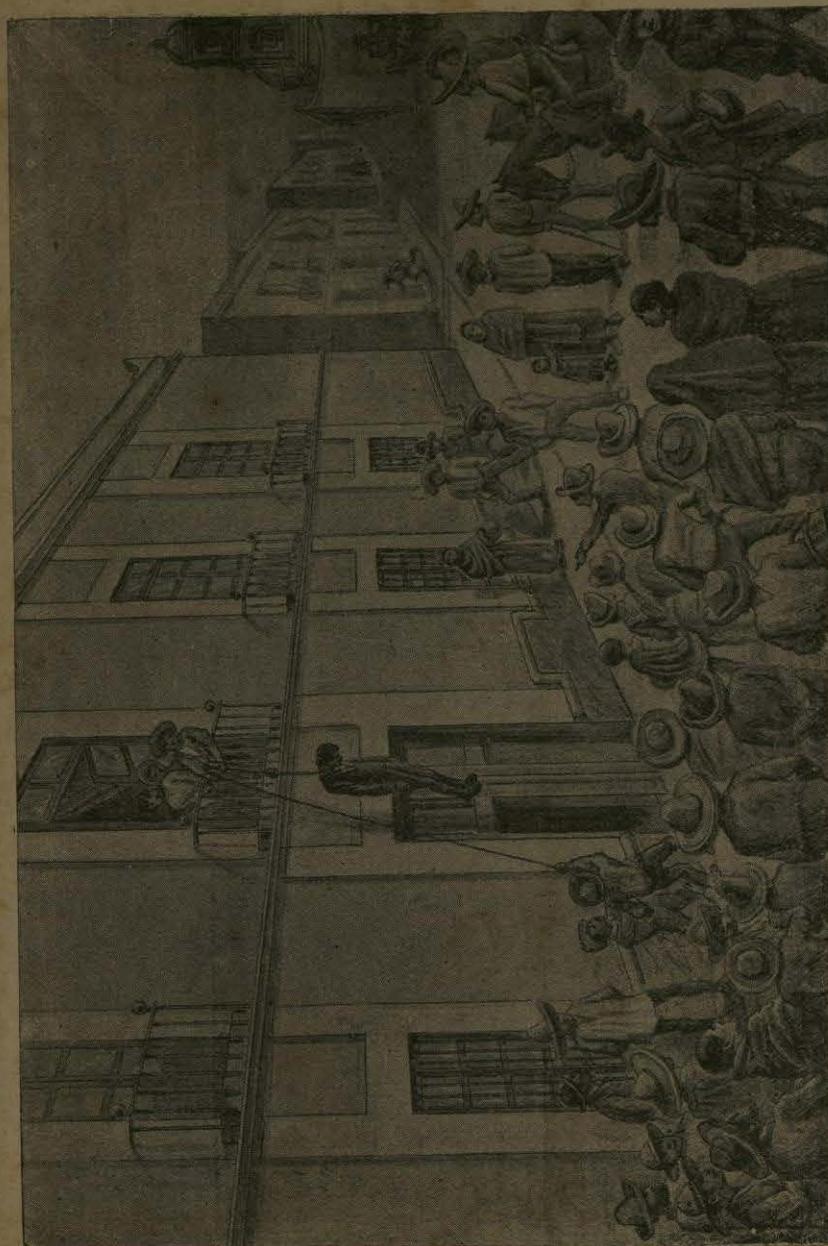
Y Piélagó fué ahorcado en uno de los balcones del obispado, observándose que ya el temor lo había privado desde antes de todo conocimiento.

En ese mismo instante se oyó otro grito entre las gentes que llenaban la plaza de armas:

—¡Monayo! ¡Monayo! ¡aquí está el infame Monayo!

¿Quién lo llevó allí? ¿cómo apareció en la plaza? No se supo, ni tampoco se supo cómo los hombres del pueblo improvisaron una horca, se proporcionaron cuerdas y pudieron llevar á efecto el segundo castigo de otro de los facinerosos que se consideraba como el más criminal entre todos los otros criminales.

Por la calle de San Francisco, que también estaba muy concurrida, pasaba después de estos sucesos el teniente coronel Antonio Rojas con algunos de sus hom-



Piélagó ahorcado en Guadalupe.

bres muy excitados, como era natural que se encontraran, cuando algún mal intencionado les dijo:

—Allí en la casa de don Antonio Alvarez está oculto Blancarte.

Rojas, que tenía sus cuentas pendientes con aquel por cuestiones de bandidaje á que eran ambos tan inclinados, dijo á los suyos:

—Vamos á sacarlo para que lo entreguemos al pueblo.

Y se metió á la casa de Alvarez seguido de los suyos y de algunos curiosos.

¿Hizo alguna defensa Blancarte ó se le asesinó cobardemente? ¿Fué Rojas el que disparó sobre él ó los que lo acompañaban? No pudo averiguarse: el hecho fué que se dispararon algunos tiros y Blancarte quedó allí mismo sin vida.

Rojas, espantado de aquel suceso, huyó de Guadalajara, y don Santos Degollado lo puso fuera de la ley temporalmente.

¿Fueron justos aquellos castigos verificados en medio de la embriaguez popular? ¿Fué debido que se castigara un asesinato con otros asesinatos? Lo que puede afirmarse es que la alegría del triunfo, se amargó con aquellos sucesos de salvajismo.